

GLOBALIZACIÓN Y UNIVERSIDAD EN UNA PERSPECTIVA HUMANISTA

Jorge Carvajal Muñoz¹

El fenómeno mundial de la globalización se manifiesta más definidamente a partir de los años 80. Entendido inicialmente como estrictamente económico, desborda rápidamente esos límites autoestablecidos. Para muchos, especialmente para los neoliberales que lo han dirigido hasta ahora, la globalización desata consecuencias no esperadas, incluso consecuencias no deseadas. Me refiero a fenómenos concomitantes de tipo político, social y, particularmente cultural que ya conforman la inquietud y el debate de la actualidad. En este debate veo esencialmente la importante (no única) participación de los centros de educación superior en su conjunto, no sólo por la formación de profesionales, también por la reflexión crítica que deben aportar a la sociedad. En este sentido Ortega llamó a la universidad “antro del saber” y hace años, en Chile, se la consideró “conciencia crítica de la sociedad”.

Actualmente el concepto de educación superior está más diversificado entre nosotros, cubriendo también a otras entidades de formación profesional. A todas ellas me refiero al usar el término histórico y clásico de universidad.

Mi exposición comenzará precisamente por una evocación de la universidad occidental en su momento de origen, en una época determinada y en el seno de una sociedad de ideología muy precisa y dirigida. Posteriormente me referiré a la universidad y educación superior en la actualidad, pudiendo así medir mejor los enormes cambios y los formidables desafíos que supone el momento actual.

Sabemos que la universidad en occidente nace concretamente en la época medieval. Esto no significa desconocer precedentes tan notables como la Academia o el Liceo griegos, o Alejandría, o, mirando más lejos, las escuelas Búdicas y del Mandarinato en India y China respectivamente. Pero la **Universitas** medieval tiene rasgos culturales pedagógicos y sociales propios. Es una estructura administrativa y estatutariamente establecida: desarrolla **curricula** y programas de estudio predeterminados y con exámenes: confiere los grados de Bachiller, Licenciado, Doctor (se agregará el Magister) a través de la **Facultas**, la Facultad; elabora una pedagogía de la **Lectio** y la **Disputatio**, funciona con relativa autonomía del poder civil (no eclesiástico)... Pero sobre todo constituye una **Corporatio**, en el sentido medieval del término, constituida por maestros y alumnos, con jerarquías y funciones claras. No olvidemos que el antecedente inmediato de la universidad es el **Collegium**, Colegio, término que aun ahora tiene sentido gremial. Constataré de paso que este carácter corporativo de la institución no es accidental y está incluso en el origen de la palabra universidad. Tal palabra no tiene inicialmente el sentido de universalidad del saber – como suele creerse y que vendrá después– sino el de una cierta universalidad o conjunto de personas, una corporación. Será jocoso recordar que las primitivas universidades de Sevilla o de Poitiers –en los antiguos documentos– no son centros del saber académico,

¹ Jorge Carvajal Muñoz, rector de la Universidad La República, es Pasado Gran Maestro de la Gran Logia de Chile. Este artículo está publicado en la revista *Criterios*, n° 6, 2006.

sino simplemente el gremio de los rudos cargadores de los muelles y el de los fabricantes de loza, respectivamente.

Cuando se constituye como centro de aprendizaje, la universidad no pierde su carácter de corporación. Esto es clave para comprender el modo como realiza su finalidad esencial, es decir, la **formatio** que se imprime al alumno según los moldes de la época. A esta relación de dependencia alude la tan mencionada expresión de la universidad como **alma mater**. No olvidemos que la traducción exacta del término es “madre nutricia, madre que alimenta” y no “alma madre”, como suele decirse. Recíprocamente la palabra **alumni** significa “lactantes” en latín medieval. El alumno, pues, es formado como el profesional y el tipo de súbdito (no ciudadano), seglar o eclesiástico que requiere la sociedad jerárquica de la época.

La *formatio* universitaria medieval está animada por un universalismo que no es sólo de los saberes de la época, **se trata de una visión universal que debe ser participada por todos los individuos. Es una visión única, tutelada eclesiástica y civilmente por una fe que no admite opciones que la contradigan esencialmente.** (Quiero recordar la etimología de hereje: **heresis** significa simplemente opción, en griego. Eso es lo que se castiga). La meta política en este mundo es la instauración de la Cristiandad, concepto que significa una sola sociedad, regida por dos poderes absolutos en sus campos respectivos, el papado en lo espiritual, el emperador en lo temporal. El fracaso de este ideal no resta nada de su fuerza represiva en la época.

Será la modernidad quien genere un vuelco definitivo. Es sintomático que sea la primera época en Occidente que se da nombre a sí misma. En efecto, moderno significa “a la manera de hoy”, **modus hodiernus**, según la etimología latina de la palabra. Es un nombre que por sí mismo constituye una proclama, la exaltación de lo actual, la negación de un pasado opresivo, la entronización de la autonomía racional como instrumento para comprender al mundo y, más aún, para transformarlo. Surge una nueva sociedad progresivamente desacralizada, secularizada o profana, como se prefiera llamarla. Con razón proclama Kant que la humanidad ha llegado a su edad adulta y ya no requiere de la tutela del eclesiástico o del funcionario del Estado. **Aude sapere**, “atrévete a saber”, exclama.

Por cierto que no me sería posible bosquejar siquiera, en este ensayo, el gigantesco proceso desencadenado por la modernidad, sobre todo a partir de la Ilustración, y cuyas consecuencias comenzamos a medir hoy. En cuanto a la universidad misma, surgen en el siglo XIX dos proyectos estructurales nuevos que son la universidad alemana de Humboldt y la francesa o napoleónica. No puedo extenderme en el punto, sólo diré que son proyectos claramente modernos y acordes con el nuevo concepto político de Estado-nación.

Otra característica de la Universidad actual, muy resumidamente: el hombre y la sociedad constituye, principalmente, el centro de sus preocupaciones y de sus afanes.

Muy ligado a lo anterior, está el interés y el cultivo de las humanidades. El cultivo de todo aquello que hace que el hombre adquiera su verdadera libertad, esto es se aleje de la simple materialidad para elevarse a la condición intrínsecamente humana que se encuentra en la apreciación de las disciplinas que le dan a conocer lo que es, cuál es su esencia, y le permiten introducirse en el mundo de los valores, especialmente los valores superiores. La libertad, en buena parte, consiste en alejarse de la animalidad que lo ata a una condición inferior, sin que esto implique desprestigiar el significado de lo natural. Pero el hombre, encuentra su medio ambiente, su hábitat propio, en el mundo de la cultura; así como el hábitat del pez es el agua y sacado de ella muere. El hombre alejado de la cultura involuciona y vuelve a estadios inferiores.

Este aspecto formativo, de entrega cultural, constituyó lo principal de la misión de las Universidades desde su fundación y durante siglos. Lo secundario era la formación profesional y la investigación. Hoy se han trastocado los papeles con gravísimas consecuencias: el profesional se ha enajenado, es presa de la cuantificación y de la abstractificación, se observa a sí mismo como una mercancía que debe ser bien puesta en el mercado, de acuerdo a las leyes de la oferta y de la demanda.

Ortega y Gasset, hace algunas décadas opinaba que *“esto ha sido, evidentemente, una atrocidad. Funestas consecuencias de ello que ahora paga Europa. El carácter catastrófico de la situación presente europea se debe a que el inglés medio, el francés medio, el alemán medio son incultos, no poseen el sistema vital de ideas sobre el mundo y el hombre correspondientes al tiempo. Ese personaje medio es el nuevo bárbaro, retrasado con respecto a su época, arcaico y primitivo en comparación con la terrible actualidad y fecha de sus problemas. Este nuevo bárbaro, es principalmente el profesional, más sabio que nunca, pero más inculto también”*.

Una Universidad para merecer el nombre de tal, no puede adscribirse a ninguna forma de pensamiento especial, ni concretar sus funciones tras un prisma de determinado color. Todas las ideas e ideologías deben ser analizadas en el seno de ella. La libertad en su accionar es requisito indispensable; sin ideas preestablecidas o elevadas a la categoría de dogma. Las Universidades no pueden cumplir su misión sino ejerciendo el derecho de negar, de impugnar, discutir, investigar. Los grandes sabios, los pensadores originales, los padres de la ciencia y la filosofía sólo se forman al calor de la libertad.

Cada Universidad propende a convertirse en un verdadero poder espiritual cuando obra con libertad, con independencia, animada del puro amor a la verdad, sin temor a la tradición injustificada o que se mantiene sólo porque así ha sido o porque así se ha pensado desde antes. Por el contrario, se reduce, se empequeñece y se allega más a una simple escuela secundaria cuando somete sus investigaciones a la condición de no violar doctrinas preestablecidas.

Cuando las Universidades funcionan convencidas de que en la docencia, la investigación, la extensión y la definición de la verdad no existe autoridad superior a ellas, su prestigio social crece en la misma medida que se desarrolla su actividad. Pero cuando empiezan por reconocer la supremacía de un poder extraño, no ejercen ninguna influencia sino en cuanto él quiere buenamente dárselas. La Universidad es un centro de pensamiento libre.

Preparan personas para que ejerzan influencia en todos los ámbitos en que se desenvuelvan. El método es, precisamente ese, mejorar al individuo para que éste mejore la sociedad.

La Universidad no realiza acción directa en la sociedad; la Universidad no construye puentes, no ausculta ni opera pacientes, son los ingenieros o los médicos, bien formados en la Universidad, los que realizan una u otra acción. Lo mismo ocurre con el resto de las profesiones.

Son escasos los campos en los cuales la Universidad puede actuar como institución, ni aún en la prestación de servicios, pues allí lo hace al estilo de una empresa y el servicio mismo es generado por profesionales, preparados en esa u otra Universidad, que laboran en ella; igual como lo hacen otros profesionales en empresas comunes productoras de bienes o servicios. Por otra parte, la prestación de servicios no es una función de la Universidad, lo hace sólo como una forma de colaborar a la investigación, de proporcionar experiencias a los alumnos que están en vías de adquirir una profesión o, en no pocas ocasiones, para allegar recursos a sus presupuestos y así mejorar su actividad propiamente universitaria.

La Universidad posee un doble carácter. Es un lugar de retiro desde donde se contempla el mundo, se le estudia, analiza y mide, y un lugar donde se educa y prepara a los hombres y mujeres para actuar sobre el mundo, modificarlo y mejorarlo. Allí deben estar en el mundo y, al mismo tiempo, separados del mundo. Nada de lo que ocurre en la naturaleza, en la sociedad o en el individuo les puede ser extraño. En la Universidad la tarea es lograr una explicación o comprensión de los fenómenos y no la de participar en ellos con responsabilidad directa.

La globalización

En el mundo de fines del siglo XX y comienzos del XXI una de las ideas más socorridas en textos de la más variada índole corresponde al de globalización, con diversas inflexiones: “globalización” a secas, “dinámica globalizadora”, “mundo global”, “aldea global”, etc., sea para aplaudirla o para vituperarla, para señalar sus virtudes y sus benéficos efectos, o para demostrar las calamidades que produce, y las consecuencias nefastas que acarrea. Es que se trata de un fenómeno que efectivamente está presente y ejerce significativa fuerza e influencia respecto de la vida de la comunidad mundial.

Hay quienes postulan que el fenómeno no es nuevo. Así por ejemplo Torcuato di Tella y otros indican que *“la globalización es un fenómeno cuyos orígenes se remontan a la época del descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo y la llegada de los portugueses a Oriente por vía marítima, en vísperas de la Primera Guerra Mundial, las inversiones privadas directas y el comercio tenían escalas relativas comparables a las actuales. A su vez, las migraciones de personas eran entonces relativamente mayores que ahora y los regímenes de admisión de inmigrantes, más liberales que en la actualidad. Estos y otros acontecimientos de tiempos pasados tuvieron consecuencias globales tanto o más importantes que el desarrollo actual del comercio y las finanzas internacionales.”*

Pese a lo nombrada y los cientos de escritos referidos al tema, no es fácil encontrar una definición del fenómeno. El diccionario de la Real Academia sólo ha incorporado el concepto en su edición 2001, del siguiente modo: *“Tendencia de los mercados y de las empresas a extenderse, alcanzando una dimensión mundial que sobrepasa las fronteras nacionales.”* Es decir lo circunscribe sólo a un aspecto económico.

Para *Le Monde Diplomatique*, *“se trata de la interdependencia y de la imbricación cada vez más estrecha de las economías de numerosos países, sobre todo el sector financiero, ya que la libertad de circulación de flujos financieros es total y hace que este sector domine, muy ampliamente, a la esfera económica”*.

Dubois, académico del Instituto Europeo de Administración Pública, en 1998 lo definía así: *“Suele entenderse por globalización, o mundialización, la creciente interacción entre países y regiones del mundo producida por la expansión y potenciación de los mercados de capital, el comercio y la inversión externa directa.”*

El economista Luis Riveros Cornejo, rector de la Universidad de Chile, al plantear el tema, tampoco define el concepto, podría colegirse de algunas ideas suyas como las siguientes: *“estamos viviendo una etapa única de la humanidad, en la que se está produciendo una convergencia mundial sin precedentes en aspectos económicos, políticos, tecnológicos y en una serie de ámbitos en los que, tradicionalmente las naciones manifestaron tendencias divergentes o, al menos, independientes”*.

En definitiva y sólo con el fin que sirva a los propósitos de este ensayo, entiendo que al referirnos a globalización lo hacemos respecto de alguna variable de las múltiples que se hacen presentes en la sociedad del mundo entero o, a lo menos, en su mayor

extensión de forma que, expresa o tácitamente, no es posible eludirla –en cuanto a presencia y efectos– en las diversas naciones donde se manifiesta. Nos referimos a procesos que nunca antes en la historia habían tenido la potencia de carácter planetario e intensidad como algunos de los actuales.

Sin entrar en el análisis o discusión del contenido de estas afirmaciones, sólo quiero retener su validez para dar por sentado el hecho –no siempre considerado en profundidad– de que la globalización no es fenómeno puramente económico o de mercados universales, sino también cultural, tanto en el plano cognitivo como en el valórico.

A nuestro juicio en tres aspectos es donde es más notorio el fenómeno: en la economía, la tecnología y las comunicaciones.

Señalar sólo los efectos negativos de la globalización es evidentemente una injusticia; la circulación mundial de los bienes y servicios, el gozar de espectáculos culturales, artísticos o deportivos al instante y que están desarrollándose a miles de kilómetros de distancia o el bajo costo de acceso a artículos fruto de la tecnificación global permiten, sin duda, mayor bienestar y elevación cultural y económica a una cantidad de personas que, en otras condiciones, estaría al margen de ellos o a mayor distancia de lograrlo.

Reconocido lo anterior, para subrayar la tarea universitaria, destacamos algunos de sus efectos negativos. De las doscientas principales empresas del planeta, vemos que ésta representa más de un cuarto de la actividad económica mundial. Sin embargo, esas doscientas firmas emplean menos del 0,75% de la mano de obra mundial.

Cada una de las 100 multinacionales más importantes vende más de lo que exporta cada uno de los 120 países más pobres de planeta. Y las 23 multinacionales más poderosas venden más de lo que exportan algunos gigantes del sur del planeta, como la India, el Brasil, Indonesia o México. Esas grandes firmas controlan el 70% del comercio mundial y amenazan con asfixiar o absorber a millares de pequeñas y medianas empresas en el mundo.

Los dirigentes de las multinacionales y de los grandes grupos financieros y mediáticos mundiales detentan la realidad del poder y, a través de sus poderosos “lobbies”, se imponen sobre las decisiones políticas, confiscando en su beneficio la economía y la democracia.

La abundancia de bienes y el progreso de la técnica alcanzan niveles sin precedentes en los países ricos y desarrollados, pero en los países en desarrollo el número de lo que no tienen techo, ni trabajo, ni medicamentos, ni lo suficiente para alimentarse, aumenta sin cesar. Sobre los 4.500 millones de personas que viven en algún grado de pobreza un tercio (o sea 1.500 millones) no tienen acceso al agua potable. El 20% de los niños no ingiere las calorías o proteínas suficientes y alrededor de 2.000 millones de personas, un tercio de la humanidad, sufre anemia.

La globalización viene acompañada de un impresionante proceso de destrucción. Desaparecen industrias enteras en todas las regiones, con los sufrimientos sociales que eso comporta: feroz explotación de hombres, mujeres y, más escandaloso aún, de niños. 300 millones de niños son explotados en el mundo, en condiciones de brutalidad sin precedentes.

La mundialización comporta también devastación ecológica. Las grandes firmas explotan el medio ambiente valiéndose de medios desmesurados. Se aprovechan, sin frenos ni escrúpulos, de riquezas naturales que representan el bien común de la humanidad.

Las diferencias de ingreso a escala planetaria se ampliaron en proporciones sin precedentes en la historia. La relación entre el país más rico y el más pobre era de

alrededor de 3 a 1 en 1816, en 1850 era de 35 a 1, de 44 a 1 en 1973, de 72 a 1 en 1992 y de ¡82 a 1 en 1995!

En América Latina, la pobreza alcanzaba en 1980 al 35% de los hogares; en 1990, al 45%. O sea que pasó de 135 a 200 millones de personas. En 1998, más de 50 millones de personas, que antes pertenecían a las clases medias, habían pasado a la clase de “nuevos pobres”.

La globalización es cada vez más excluyente. En nuestro planeta, el quinto más rico de la población dispone del 80% de los recursos, mientras el quinto más pobre dispone de menos del 0,5%. El número de personas que viven en la pobreza es más grande que nunca, y la distancia en términos relativos entre los países desarrollados y en desarrollo nunca fue más importante. La fosa que separa el norte del sur es hoy tan grande que resulta difícil imaginar cómo podría desaparecer.

Podemos verificar con satisfacción que los últimos veinte años más de 100 países se desprendieron de regímenes militares o de partido único y que, por primera vez en la historia, la mayor parte de la humanidad vive en democracia. Pero el desastre económico pone en cuestión el progreso de las libertades civiles en muchos países en desarrollo. La pobreza disminuye el sentido de la democracia.

Se podría estimar que la clase media global reagrupa a los propietarios de automóviles, o sea alrededor de 500 millones de personas. Si estimamos tres personas por coche, eso hace 1.500 millones, o sea el 25% de la población mundial, de las cuales cuatro quintas partes viven en el norte y consumen el 80% de los recursos del planeta. La comunidad mundial de abonados a Internet conoce un crecimiento exponencial y representa actualmente el 26% de la población de Estados Unidos, pero menos del 1% del conjunto de los países en desarrollo.

Pero en la edad de la globalización, incluso los países ricos no garantizan un nivel de desarrollo humano satisfactorio a todos sus habitantes. Sectores enteros de la sociedad quedan al margen de la aparente prosperidad económica. En Estados Unidos, el 16% de la población –o sea una persona de cada seis– sufre de exclusión social. El número de niños sin cobertura médica satisfactoria ¡llega al 37%! En Tejas, el Estado de George Bush, llega al 46%. En la primera potencia económica del mundo, 32 millones de personas tienen una esperanza de vida inferior a los 60 años; 44 millones están privadas de toda asistencia médica; 46 millones viven por debajo de los niveles de pobreza y hay 52 millones de iletrados. En el Reino Unido, un cuarto de los niños viven por debajo de los niveles de pobreza: más de la mitad de las mujeres trabaja en condiciones precarias y, en el plano de la asistencia médica, Gran Bretaña está en la última posición en la Unión Europea, después de Grecia, Portugal e Irlanda. A quien estas cifras parezcan asombrosas o desmesuradas, no tiene más que consultar informes del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo.

Por todas partes la regla es la pobreza y el confort la excepción. La desigualdad creciente es una de las características estructurales de la mundialización. Estimaciones recientes de Naciones Unidas señalan que en 1999 la fortuna acumulada por las 200 personas más ricas del mundo representa más de un millón de millones de dólares. A título comparativo digamos que los 582 millones de habitantes de los 43 países menos desarrollados totalizaron un ingreso de 146.000 millones de dólares.

Existen individuos más ricos que los Estados: el patrimonio de las 15 personas más ricas supera el Producto Bruto Interno del conjunto de África subsahariana. La riqueza de las tres personas más ricas del mundo es superior a la suma del Producto Nacional Bruto de todos los países menos desarrollados, o sea 600 millones de personas.

Los fondos privados de los mercados financieros tiene ahora en sus manos el destino de muchas empresas nacionales y la soberanía de numerosas naciones. También, en cierta medida, la suerte o el destino económico del mundo. Los mercados financieros pueden dictar sus leyes a las empresas y a los Estados. En este nuevo paisaje políticoeconómico, el financista se impone al empresario, lo global a lo nacional y los mercados al Estado.

En la sociedad mundial que hoy está en gestación, cuenta con herramientas que nunca antes estuvieron a su disposición. Se trata de la amplia batería que le aportan las nuevas tecnologías. Y, muy especialmente, aquellas que se han incorporado a los medios de comunicación. Gracias a ellas se han transformado en poderes casi omnímodos. Han dejado de ser medios para convertirse en fines en sí mismos.

Hoy, más que nunca, cobra vigencia el pensamiento de Esopo, que se preguntaba: “¿Cuál es la peor y la mejor de las cosas?” Y se respondía: “Es el lenguaje”. Trasladando a Esopo a nuestra época, tendríamos que responder: es la información. Esa información que nos inunda y a menudo nos atosiga. Esa información que entrega visiones de vida, que manipula, que conecta y aísla al mismo tiempo. Y todo ello, con el manejo de un tiempo real. Ajeno, según Virilio, al tiempo histórico, ya que éste tiene relación con un tiempo local y hoy lo que materializan los medios de comunicación es un tiempo mundial. Hemos entrado de lleno en una época en que la virtualidad juega un papel trascendente. Y esta nueva realidad es incomprensible si no asumimos la importancia de la velocidad.

Conviviendo con esta realidad apabullante de las tecnologías, de los logros espectaculares de la ciencia, 880 millones de mujeres y hombres en el planeta son analfabetos. No sólo se encuentran impedidos de disfrutar de los aportes sublimes que ha alcanzado el conocimiento humano, sino que están excluidos, posiblemente de por vida –condición que heredarán sus descendientes, en la mayoría de los casos–, de una integración plena a la sociedad. Estarán condenados a limitar sus existencias a la lucha primaria de la subsistencia. Para ellos, la felicidad no será ni siquiera una utopía que acariciar.

Pero tal como en el pasado más remoto, la información sigue siendo crucial para el logro y la mantención del poder. El poder sigue residiendo en el conocimiento, pero su incremento se ubica en el logro de nuevos avances.

Para muchos, los medios de comunicación se han transformado en fines en sí mismo. Y es por eso que cuando hablamos de ellos, al poder que le reconocemos a las comunicaciones en general, tenemos que agregar una influencia determinante en el ámbito de la política. Basta fijar la mirada en la forma en que inciden en la estructuración de la sociedad. Son precisamente ellos los que modelan conductas, modas, usos, costumbres. Van abriendo senderos estéticos que luego desembocarán en la ética y de allí pasarán a los comportamientos morales.

Dentro de los medios, es la televisión la que tiene una mayor penetración en la ciudadanía. Un estudio del Consejo Nacional de TV en Chile, realizado en 1999, demostró que el 84% de los chilenos se informaba a través de la pantalla. Ese año, la TV por cable llegaba al 34% de los hogares de tal país. Cifras de las Naciones Unidas señalan que en los países de desarrollo medio, la sesión televisiva es de alrededor de 3 horas diarias. Este promedio sube abruptamente a siete horas por día en los Estados Unidos, según una encuesta de 1994.

El tremendo poder de la TV ha sido denunciado reiteradamente por comunicólogos y pensadores de la más amplia gama. Eco, Sartori o Ralston Saul, entre otros, advierten acerca de este nuevo polo de poder que se acrecienta, en una sociedad que se ha expandido hacia todos los confines del planeta y que, a la vez, ha encogido

dramáticamente sus referentes tradicionales. Se ha quedado sin los marcos morales que la acompañaron durante los últimos 200 años.

En lo político cotidiano, los medios de comunicación son responsables de crear nuevos primeros ministros, de elegir nuevos presidentes, de levantar imágenes o destruir dignidades. Las reuniones masivas han dejado de ser relevantes. En la actualidad, un político sin un adecuado manejo mediático difícilmente podrá aspirar a un cargo de elección popular de alguna significación.

Además, tenemos al periodismo electrónico y a la Internet. Esta última un medio en crecimiento constante y que ha venido para quedarse. “*Hoy en día –afirma Virilio– hemos materializado los tres atributos de lo divino: la ubicuidad, la instantaneidad, la inmediatez; la omnividencia y la omnipotencia*”.

Y esto tiene que ver esencialmente con los medios. Son ellos los que nos inducen, nos manipulan hacia determinadas conductas. Y son ellos los que nos introducen en comportamientos inéditos, en preferencias desconocidas hasta hace muy poco. Los *reality show* son una demostración de ello. Sin embargo, lo que hoy vemos es que el manejo de la información se hace persiguiendo objetivos ideológicos o pecuniarios o ambos a la vez. Son muchos los que sin atisbo de crítica aplauden los avances tecnológicos, y cuando algunos preguntan por el sustrato valórico que debe acompañar a la ciencia, la respuesta invariable es: “Ya vendrá”.

En definitiva, tenemos que asumir que el desafío que enfrentamos es valórico. El futuro del país y, muy posiblemente del mundo, se definirá en la arena de los valores. Y en este proceso, la educación jugará un papel determinante.

Universidad y globalización

En la idea de Universidad que hemos planteado corresponde a esta institución la preocupación sistemática por el destino del hombre y de la humanidad, sin intervenir en ella, pero permitiendo y estimulando en su interior el análisis de todo cuanto compete al ser humano y a la sociedad. Sus laboratorios de todas las ciencias deben estar abiertos a la investigación que permita potenciar los elementos positivos de la globalización y minimizar los negativos.

No ha de olvidarse un elemento práctico, cual es que la globalización está obligando, cada vez con mayor fuerza, a homologar grados y títulos; en un futuro próximo los profesionales circularán por el mundo al igual que hoy lo hacen los bienes y servicios, del mismo modo como se homologan los procedimientos y los elementos materiales y técnicos y para ello deben prepararse las Universidades, no pueden ser islas en el saber o en la formación de pre y post grado.

Considerada la enorme cantidad de conocimientos y la velocidad del cambio de los mismos, es imposible que la Universidad intente la capacitación enciclopédica de sus alumnos. Probablemente algunos de los conocimientos que entregue en el primer o segundo año ya estarán obsoletos cuando el alumno egrese. Por otra parte los recursos tecnológicos, como el computador (ordenador) e internet, ponen al alcance inmediato muchas de las cuestiones que antes había que memorizar. Lo que no está en los computadores ni en los libros es el razonar, un modo de pensar conforme al esquema de la disciplina profesional o de investigación. Esto debe entregarlo la Universidad: enseñar a aprender, saber qué buscar, dónde y cómo buscar, saber aplicar la regla o la norma.

Estas son respuestas esenciales que tendremos que alcanzar. Y a ellas deberán someterse los planes de educación. Para proyectar tal visión, la Universidad, los medios de comunicación jugarán el papel que les corresponda. Y éste no puede ser otro que el de desempeñarse efectivamente como medios al servicio de un proyecto común. Porque

pese al poder que hoy tienen, son sólo medios, y el fin que debieran perseguir tendría que ser el interés general.

Pero no se trata sólo del conocimiento, también está cuestionado el ámbito axiológico. Desde que Nietzsche hiriera de muerte los valores de Occidente, conjuntamente con Marx y Freud –“*los tres pensadores de la sospecha*” según la feliz expresión de Ricoeur– continua una dramática revisión de los considerado inamovible por muchos. Considérense los temas planteados por la bioética, las deontologías comunicacionales, políticas, económicas, tecnológicas, etc. Para muchos –entre los cuales me cuento– el gran debate del siglo XXI será el **valórico**. Trabajar en su superación me parece fundamental, más aún, me parece la condición misma de la supervivencia de nuestra sociedad. Todo lo cual se relaciona –estoy seguro de ello– **con el hecho de vivir en sociedades cada vez más plurales, sin lograr aún hacerlas pluralistas.**

En ese contexto cognitivo valórico veo la capacidad de acción privilegiada de la Universidad, de la Educación Superior en conjunto. Por ejemplo, en lo que se refiere a respetar las diferencias, valorarlas, no simplemente soportarlas; comprender las diferentes concepciones éticas y religiosas; aceptar a las minorías, etnias, subculturas; convivir amistosamente con el medio ambiente; corregir la muy desigual distribución de la riqueza; hacer de los Derechos Humanos la espina vertebral de toda organización social y política, etc., etc.

Por medio de la docencia, la investigación y la extensión, la Universidad puede contribuir notablemente al gran tema del siglo XXI: los valores, desde nuestro punto de vista los valores del humanismo, sin apellidos, independiente de las concepciones metafísicas de los hombres, más allá de sus ideas políticas, religiosas o filosóficas.

Suponemos que, pese a los cambios radicales que pudiéremos vaticinar para el futuro próximo y mediano, continuarán siendo las instituciones integrantes del sistema educativo formal de una nación, las que seguirán produciendo los profesionales.

Tampoco se podrá desprender del problema crucial de las instituciones educativas, esto es, el modelo de hombre que se quiere formar. Este modelo surgirá del tipo de sociedad que exista en un lugar y momento determinados y de lo que esa sociedad espera del futuro. La idea del hombre es variable en cada época histórica y en cada época han subsistido en el seno de las sociedades distintas concepciones acerca de lo que es el hombre, tal cual ocurre en el presente. No siempre se ha tenido una idea definida de lo que es el hombre. Hay momentos históricos en que ese concepto es claro, firme y universal. Otras épocas se caracterizan por una situación de crisis, que presenta una contraposición de doctrinas y modos de ver al hombre. La época actual ofrece esta característica.

El problema crucial seguirá siendo el del modelo de hombre que busca el sistema educacional. Esta aseveración más que una convicción es un deseo y una aspiración, esperando que el modelo no sea al estilo del **mundo feliz** de Huxley.

Quienes han escrito en relación con el mundo del futuro no nos entregan muchas luces respecto de sus características concretas, más bien describen los cambios de la sociedad actual relacionada con el pasado más próximo o lejano.

Los énfasis están puestos en los prodigios del avance tecnológico que irá reduciendo al mundo, no en un sentido físico sino en el acercamiento de los individuos por medio de los elementos de comunicación. Los hombres tendrán a su alcance cada vez más artefactos que facilitarán su vida diaria y disminuirán los esfuerzos de todo tipo. Las distancias se irán midiendo en unidades relacionadas con los espacios fuera de la tierra, pues los vehículos dentro del planeta harán insignificantes nuestros actuales kilómetros.

La economía seguirá sus procesos globalizadores e imponiéndose como tirana de la vida de los pueblos, los mercados transnacionales harán fluir los productos en todos los sentidos; las variedades serán innumerables pues la tecnología hará desaparecer los modelos en serie para entregar a cada consumidor los aparatos, bienes o insumos con las características que él desea.

El precio de los productos se determinará por la cantidad de conocimientos que tengan incorporados, antes que por la cantidad o tipo de materia de la cual estén hechos; la obsolescencia o superación del conocimiento tendrá una relación directa con la depreciación del bien. Igualmente, la información alcanzará un alto valor; pues el poder radicará en quienes dominen los centros del conocimiento y la información, que les permita decisiones certeras adoptadas con rapidez, en cuyo caso el buen conocimiento y la información de calidad serán las bases ciertas para la toma de decisiones.

¿Cuál será el lugar del hombre en este universo? No es difícil prever que, además de lo físico individual y de su entorno, tendrá cambios en lo intelectual y afectivo.

¿Cómo continuará la relación hombre-sociedad en el sentido de la influencia mutua? ¿Continuará, como ahora, siendo el hombre el que está al servicio de sus propias creaciones y esclavizándose a ellas, o será capaz de reaccionar para ser el amo de lo que ha creado?

Responder a estas interrogantes contiene más dificultades que imaginar la sociedad futura en sus variables técnicas, económicas, políticas, científicas, etc. Serio problema, que se agrava porque no se observa actualmente una preocupación sistemática, de quienes tienen en sus manos el destino de la humanidad, por este tipo de situación que, paradójicamente, reviste mayor importancia que las contingencias que hoy atraen la inquietud de los estadistas, líderes ideológicos, excepto unos cuantos cuyas voces se pierden en el desierto de la materialidad.

Una sociedad en la que el hombre sea el centro de preocupaciones, con respeto a sus derechos y que posibilite la eliminación de las principales –si no la totalidad– de las lacras descritas, dependerá de las decisiones que adopten sus líderes y esas decisiones, a su vez, en gran medida estarán guiadas por los valores que les inculquen las instituciones que los formaron o por la carencia de los mismos ante la incapacidad o la indiferencia de esas instituciones por infundírseles.

Además de la información y la habilitación en determinadas técnicas o procedimientos propios de la respectiva profesión, la educación superior no puede soslayar su obligación de formar a los jóvenes que habitan sus aulas, mediante el conocimiento y el análisis de los valores éticos superiores.

Definir el rol de los valores éticos en la formación de los profesionales del siglo XXI es, en buena parte, definir el destino del hombre, en la medida que ellos son y serán elementos decisivos en las características que adquiera la sociedad futura.

La formación de los profesionales, con formas y métodos distintos, seguirá siendo problema de los sistemas educacionales. Los valores que estén impregnando a esos sistemas definirán las características de los profesionales. Y los valores conforman un modelo de hombre.

Los valores son una creación netamente humana, especialmente los superiores, como los éticos y los estéticos. El valor pone al hombre en relación con normas y sentido que definen su vida emocional y moral. Los ideales humanos inspirados en los valores proveen de fines a la educación, la que trata de imponerlos al espíritu del hombre en formación para que éste posea un modelo que guíe sus conductas racionales y libres. En cada una de las carreras o profesiones deberían incluirse, con carácter

obligatorio, las cátedras de Ética General y de Ética Profesional, donde se discutan casos concretos que pudieren presentarse en la vida laboral y en la vida en comunidad.

Por cierto no se ha de tratar de imponer, sino mostrar caminos, los ejemplos que proporcionan la historia y la comunidad actual; los jóvenes son permeables y poseen la suficiente capacidad para distinguir, hay que tener confianza en ellos.

Algunos principios que podrían guiar la enseñanza de valores podrían ser: antropocentrismo, visión científica de la naturaleza y la sociedad, el meliorismo, el eclecticismo, la aspiración a una moral universal.

Los desaciertos de la humanidad actual son el producto de las anteriores generaciones, no de los jóvenes. Debemos recoger la experiencia de nuestros equívocos para no entregarles heridas, lacras y dolores. Sin desconocer los progresos, la historia de la humanidad es un recorrido por los valores o los antivalores. La educación superior ha de tener entre sus fines el de capacitar a los jóvenes para diferenciar conductas capaces de adecuadas valoraciones y de actuar conforme a ellas.

Así podremos pensar en un siglo XXI, en un tercer milenio más justo y en el que el hombre sea amo y no servidor, y en que la igualdad sea la base de una existencia libre y fraterna?